

EDITORIAL

Las transformaciones metafóricamente geológicas que tendrá que vivir nuestro país al poner a prueba su capacidad para cancelar un sistema socio político e inaugurar otro, no empezaron en las universidades chilenas, ni ayer ni, de ninguna manera, exclusivamente en ellas; pero el llamado proceso de la Reforma, protagonizado por la juventud, fue un anuncio muy claro de lo que podía ocurrir el 11 de septiembre.

Así como el triunfo de Salvador Allende constituyó una expresión democrática de adhesión al socialismo, el espíritu reformista cobró forma en la Universidad contra lo que ella ha representado para la vice-burguesía chilena, como medio de perpetuar su statu quo. En ambos casos el avance de una genuina realidad histórica ha desarticulado, desde adentro, los mecanismos establecidos para distorsionarla o reprimirla.

Quisiéramos señalar a quié la necesidad —patente ya en el orden mismo de los hechos— de que la lucha universitaria se inscriba en la que ha emprendido el nuevo Gobierno, adquiriendo así la Reforma universitaria, en un contexto más amplio, todas sus cualidades latentes.

Celebramos así, el triunfo de la unidad de los universitarios de izquierda en dos casos decisivos —elecciones en la Universidad de Chile y en la Universidad de Concepción— obtenido, en el caso de nuestra Universidad, por el camino más difícil y más doloroso. La voluntad de plegarse al programa de la Unidad Popular como a un plan general de trabajo creador, expresada de distin-

tos modos por nuestra juventud, no tiene porqué frustrar las diferencias vivas en pro de una inerte semejanza, sino ayudar a cotejarlas y dirimir las en los niveles requeridos por una tarea común, por una práctica con respecto a cuya base mínima para el entendimiento teórico, nadie puede discrepar honradamente, y de la que cabe esperar que surja la verdadera teoría.

Así, por ejemplo, la fijación de una política cultural acorde al programa de gobierno, requiere de ciertas ideas al respecto que salgan al paso de las vagas nociones tradicionales que ciertos sectores de la misma izquierda manejan, para resolver el acceso del pueblo a los llamados “bienes culturales”; nociones teñidas, muchas veces, de chauvinismo, populismo y paternalismo; como también de la ductilidad necesaria para responder al desafío de una experiencia nueva en este país —la socialización de la cultura— controlándola sin por ello forzarla a ajustarse a un rígido esquema teórico preestablecido.

Esta es la primera vez que un gobierno chileno se dispone a abordar frontalmente el problema de la cultura, y este solo propósito sanciona para nosotros el carácter creador de la misma con respecto a la vida social, basado en una mutua relación interna; la evidencia del papel integrador de la cultura como expresión global de una sociedad y su necesaria complejidad creciente, por la que en cada uno de los niveles alcanzados ella es, en cierto modo, irreductible a las simplificaciones.

A nuestro entender la creación de una auténtica cultura de base nacional y popular no es incompatible con los criterios anotados.

Bajo esta perspectiva nuestra revista quisiera abrir un diálogo interdisciplinario, fundado en la realidad política y social que vive nuestro país, al nivel que le exige su condición universitaria y la voluntad de prescindir

del preciosismo académico en beneficio de una palabra que esté lo más cerca posible de la acción. Liberar las energías intelectuales capaces de asumir esta labor —mientras es el proyecto de la misma el que se trata de configurar— constituye, a juicio nuestro, un paso importante; tanto mejor si en la base de estas oposiciones se dan las condiciones de una polémica constructiva.